

co... Parecen combinaciones para jugar á la lotería. (Retírase el chiquillo para seguir pintando. Sueña la campanilla.) El es.

ESCENA III

CASANDRA.—ROGELIO, AQUILES

ROGELIO, entrando presuroso.

¿Estáis aquí?

CASANDRA

¿Dónde querías que estuviéramos?

ROGELIO

Es que... al traspasar la puerta sentí una impresión de vacío... como si no estuviérais en casa... Aquiles, hijo, ven á besarme. (Le acaricia.) ¿Y el pequeño, dónde está?

CASANDRA

¿No sabes que duerme á esta hora?

ROGELIO

Es verdad. Hablemos bajito para que no se despierte. (Deja Casandra la costura y pasa á la próxima estancia, donde duerme Héctor, solito, como garbanzo en olla, en la extensión de la cama matrimonial.) Aquiles, ven á besarme otra vez. Te compraré lo que quieras. ¿Qué te gusta más: automóvil, bicicleta, ó un globo para andar por los aires? (Los ojos chispeantes y la lengua balbuciente del niño expresan la preferencia del globo para subir en él con toda la familia.) Pero yo tengo que hacer. No puedo ir contigo. Y ahora peso más que antes.

CASANDRA, que vuelve de la alicona.

¡Cómo está tu cabeza!

ROGELIO

Sí que está un poco ida... de tanto discurrir, vida mía. Venimos al mundo condenados al suplicio de razonar.

CASANDRA

El hombre que ha vivido siempre en una ligereza descuidada, simpática y graciosa, ahora quiere parecerse á los que entristecen su alma en los negocios. Eras la franqueza, el desprecio de la adversidad, el ingenio y la poesía, el semblante siempre risueño, y ahora te has hecho una cara nueva, poniéndote en ella cavilaciones y el pliegue feísimo que dice: "aquí hay secretos...". Para qué veas lo cambiado que estás, tienes cara de hombre público... imitas á esos que hablan de arreglar la Hacienda y de salvar al País.

ROGELIO

Sí que estoy caviloso: no puedo negártelo... lo estoy desde aquel día de tu entrevista con doña Juana.

CASANDRA

Y del plantón que me diste cuando salí, y me encontré sola en el jardín... Desde aquel día, ó desde el siguiente, empezaste á traer á casa pensamientos sombríos.

ROGELIO

Los traigo y me los vuelvo á llevar. Entro y salgo con ellos como el enfermo con sus males.

CASANDRA

Ya sé dónde has cogido tu enfermedad. Pensamientos negros, ¿de dónde habéis de venir sino de la negrura de doña Juana?

ROGELIO

No nombres á la bestia apocalíptica, que su nombre sólo me trae la neuralgia. (Llévase la mano á la quijada.)

CASANDRA

Si que la nombro, y te pregunto: ¿no has hablado con ella desde aquel día? (Rogelio deniega con la cabeza.) ¿Y con sus ministros ó secretarios, que, como tú ahora, parecen hombres públicos?

ROGELIO

Con *Moloch* y *Baalberith* he hablado alguna vez.

CASANDRA

Cuéntame, explícame... ¿Callas por no darme una parte de tus sufrimientos? Tú padeces con dolor y rabia de mártir. ¿Por qué no me pones contigo en el potro? (Pausa. Calla Rogelio, pensativo y cejijunto.) Háblame con la franqueza que echo de menos en tí. ¿Esperas algo bueno de doña Juana, ó temes algo malo?

ROGELIO

Espero de la astuta *Decaberia* una maldad resplandeciente, quiero decir, una cosa perversa que brilla como los rayos del sol.

CASANDRA

Aunque algo entiendo, explícate mejor... ¿Qué maldad resplandeciente es esa?...

ROGELIO

Doña Juana es el demonio mismo, con una cresta de plumas blancas robadas al Cielo. Su dentadura postiza es la que tenía Saturno para masticar bien á sus hijos. Calza las pantuflas que usaba Caifás para andar por casa.

CASANDRA, impaciente, enojada.

¡Eh!... fuera pamplinas y dicharachos. Háblame seriamente... La verdad, Rogelio; quiero la verdad.

ROGELIO, con brusquedad cariñosa.

La verdad clara, infalible, la única verdad digna de ser dicha, es que te quiero. Preguntana, te adoro... Fisgona, la esencia de la vida es amarte. (Echale los brazos.) Ven aquí.

CASANDRA, dejándose abrazar.

¡Embustero!

ROGELIO, abrazándola con frenesí.

¡Qué gusto estrujar el cielo!

CASANDRA, haciéndose la enojada.

¡Vaya un cielo que te has echado! Si soy tu cielo, ¿por qué no me cuentas tus penas?

ROGELIO

Porque prefiero contárselas al Infierno. Las comprenderá mejor. Abrázame... Pero tú, tú á mí.

CASANDRA

No me da la gana.

ROGELIO

Ven acá, mal genio, basilisco. (La besa con cariño ardiente.) Toma más... para que chilles.

CASANDRA

Déjame... ¡baboso!

ROGELIO

Adorándote... idolatrándote. (El niño se interpone, alza sus manecitas, pide que le suban para participar del besuqueo.)

AQUILES

A mí... á mí.

CASANDRA

¡Angelito! Está celoso... y con razón... Estos besos son suyos.

ROGELIO

Le robamos, le sacamos el dinero del bolsillo. (Se sienta y pone al chico sobre sus rodillas.) Ven

acá, gloria del mundo, príncipe del firmamento. (Con sílabas pocas pide Aquiles á su padre que le cuente un cuento. Rogelio balancea la cabeza, tan desgarnado de contar mentiras como verdades.)

CASANDRA

Vamos, hombre, cuéntale cualquier disparate de los que á tí se te ocurren á todas horas.

ROGELIO

No pienso ahora disparates. Le contaré un hecho real.

AQUILES

¿Es bonito?

ROGELIO

Precioso... Pues, Señor... Erase un espacio muy grande, muy grande...

AQUILES

¿Como el comedor?

ROGELIO

Mucho más grande; pero más, más... Erase el Cielo. Una tarde, serían las cuatro y media, el Padre Eterno llamó á *San Acá* y á *San Allá*, dispenseros del Cielo, y les dijo dice: *Acá* y *Allá*, hoy, millonésimo *cumpleaños* de la Creación del Mundo, daréis á mis ángeles merienda de naranjas. (Estupefacción de Aquiles. Sonríe Casandra mirándole.) Habías de ver á *San Acá* y *San Allá* corriendo á la despensa. Meten llaves, sacan llaves... Salen por fin con una cesta tan grande, tan grande como doscientas mil veces esta casa. A una voz de *Acá* y á un ges-

to de *Allá*, empiezan á desfilan los ángeles todos: delante los chiquitos, detrás los medianos, los grandes, los grandullones... y á cada uno se le va dando su naranja... Avanzan de cuatro en cuatro, de cuarenta en cuarenta, y pasan, una fila, doscientas filas, quinientas mil filas... y pasan... Todos son blancos, blancos, y llevan en la mano derecha su naranja... así... como pintan á Dios con el Mundo en la mano.

AQUILES

¿Tú lo *vites*?

ROGELIO

Yo lo ví. Eran millones de millones... formados, alineados...

AQUILES

¿Como la tropa?

ROGELIO

Como miles de cuatrillones de ejércitos, todos blancos; blancos de rostro, de plumas y de ropa, cada uno con la naranja... aquí... en la palma de la mano. Avanzaban marchando al paso, serios, despidiendo luz: luz de sus ojos, luz de sus vestiduras, luz de sus pies. Las naranjas brillaban como el sol.

AQUILES

¿Tú lo *vites*?

ROGELIO

Yo lo ví. Las naranjas eran de oro, globos de oro llenos de dulzura. El oro es dulzura...

(Aquiles suspira.) Pues, Señor... Llegado que hubieron á un llano del Cielo, ya mirando á la Tierra... á un llano... como mil millones de veces más grande que toda España y sus Indias, se sentaron formando grupos, y cada cual se puso á comer su naranja.

AQUILES

¿Tú lo *vites*?

ROGELIO

Lo ví yo, hijo mío, y viéndolo extasiado desde abajo, cayeron sobre mí cortezas de naranja... cascaritas de oro. Llovían, caían, cubrían el suelo, y me iban enterrando á mí... Se me entraban por la boca, por los ojos, por las narices, por las orejas. Yo mascaba y respiraba el zumo de naranja, que es la esencia del oro. (Pausa. Rogelio queda suspenso y mudo, atento á su interior. Aquiles se impacienta.)

CASANDRA, sacudiéndole.

¿Eh, Rogelio, qué piensas?... Sigue: el niño y yo queremos saber en qué para eso. Sin desenlace y moraleja, el cuento no tiene gracia.

ROGELIO

Yo me dormí... No sé lo que pasó. Hijo mío, las historias verdaderas no tienen desenlace...

CASANDRA

¡Mira con lo que sale!

ROGELIO

Los desenlaces son artificios inventados por los malos poetas. (Pone al chiquillo en el suelo. Llévase la mano al rostro.)

CASANDRA

¿Te vuelve el dolor neurálgico?

ROGELIO

Un amago ligero... Ya pasó. (De la alcoba viene un gemido del pequeño. Corre allá Casandra. Rogelio se dirige á la mesa. Aquiles le pide un lápiz porque ya el suyo no tiene punta. Rogelio se lo da.) Toma, hijo mío. Ponte á pintar los ángeles marchando cada uno con su naranja... así. (Rogelio coge la pluma y hace cuentas. Sale Casandra con Héctor en brazos, lloroso, frotándose los ojos con los puños.)

CASANDRA

Otra vez con los números malditos.

ROGELIO

Me pasa un cálculo por la mente, y no quiero que se me escape.

CASANDRA

Yo te resolvería todos los cálculos si me los confiaras.

ROGELIO, afanado, escribiendo.

Déjame, déjame ahora.

CASANDRA

Almorzaremos si quieres.

ROGELIO

No tengo ganas. Almorzad vosotros. (Llévase la mano á la quijada.)

CASANDRA

¿Estás malo?... ¿Apunta el dolor?

ROGELIO

Sí... Déjame... Prepara el almuerzo... Tomaré algo.

CASANDRA

Al momento... Tu cabeza está débil... Los cálculos... la maldita neuralgia. (Sale Casandra con el chiquitín.)

ROGELIO, muy inquieto, abandonando la mesa.

No es neuralgia; es la duda, la horrible balanza; la balanza es lo que me duele... dolor más fuerte que ser quemado vivo, ansiedad más honda que la de subir al tablado de la guillotina ó del garrote... ¿Puede ser aquello sin esto? ¿Puede ser esto sin aquello? ¿Puede ser aquello y esto? Duda horrenda, no de dos términos, sino de tres; balanza de tres plattos...

CASANDRA, entrando sin el pequeñuelo.

¿Se te alivia, rey mío?

ROGELIO

No me duele la cara, sino el alma, de la cual tiran dos demonios, digo, tres...

CASANDRA

¡Pobrecito de mi alma! Tu sufrimiento sería menor compartido conmigo.

AQUILES, acercándose á la mesa, muestra á Rogelio un papel lleno de rayas.

Mira, padre.

ROGELIO

Está muy bien; pero déjanos ahora. (El niño le pide un papel más grande para pintar todos los ángeles.) Allá va papel mayor. Píntalos, y que no se te quede ninguno. (Vase el chiquillo muy contento.)

CASANDRA

El niño ha retratado en ese papel tu pensamiento. Llevas en tu cabeza las cáscaras de oro que arrojaban los ángeles.

ROGELIO, con tristeza serena.

No llevo ángeles: llevo mi demonio familiar. Cada hombre tiene el suyo. El mío es *Caym*, el mismo que habitó en el alma de Lutero, el que con él sostenía las disputas teológicas. La voz de *Caym* se oye en toda la Naturaleza: es el canto de los pájaros, el ruido de los huracanes, el ladrido de los perros... En cada voz de la calle oigo la palabra de mi diablo *Caym*.

CASANDRA, asustada, cariñosa.

Rey mío, echa de tí la caterva infernal... Prefiero que pienses en los ángeles de las naranjas de oro... Esas son tus cavilaciones, esos tus cálculos y tus números... el oro, el dinero de doña Juana.

ROGELIO, con mirada fulgurante.

Es que en las arcas de esa vieja urraca hay dinero que fué de mi padre y que me pertenece.

CASANDRA

Pero si ella no quiere dártelo, ¿qué has de hacer tú?

ROGELIO

Si ella no me lo da, debo tomarlo para tí y para nuestros hijos. (Casandra protesta enojada.) No, no digo que lo tome por la fuerza, sino por la astucia. Seré más artista que ella, engendrada por Samael, la gran víbora que sedujo á Eva. De Samael concibió Eva, y tuvo una hija que se llama *Decaberia*, ó doña Juana, maestra en la magia y en todas las sutilezas y perfidias que cabe imaginar.

CASANDRA

¡Ay, ay, ay! ¡Qué desatinos! (Acariciándole.) Rey mío, vivamos pobres y tranquilos, sin pensar en riquezas que no han de ser para nosotros.

ROGELIO, exaltándose más.

Si quieres que nos entendamos, no me digas que en la pobreza puede haber felicidad. Esa, esa es la inmensa mentira del ascetismo. Yo he arrancado de mi mente toda la hojarasca para pisotearla y echarla al fuego. No me hables de pobreza, Casandra... ¡Pobreza nunca!... (Excitadísimo, se pasea por la estancia.) Pobreza no.

CASANDRA, llevándole el genio, con idea de sosegarle.

Bueno, bueno: seremos ricos.

ROGELIO

Yo resolveré el terrible problema... (Casandra, siguiéndole, trata de abrazarle.) La duda de tres términos... La resolveré de un modo sutilísimo. (Dándose un golpe en la frente.) Ya te tengo, idea. (Coge el sombrero.)

CASANDRA, consternada.

¿Pero te vas?

AQUILES, corriendo detrás de su padre.

Dame papel más grande. ¿Ves? Lleno... No *quepen* todos.

ROGELIO, sin hacer caso del niño ni de la madre.

Voy á ver á Baal... á *Baalberith*, el demonio clásico, el del lenguaje limpio y sonoro... Me ha citado... Tengo que llevarle mis condiciones...

CASANDRA

¿Condiciones... de qué?

ROGELIO

De transacción, de... Déjame. Es la hora... Me espera.

CASANDRA, queriendo asirle del brazo.

No salgas... Por Dios te lo pido... Almorzaremos antes.

ROGELIO

No tengo gana... Luego comeré.

CASANDRA

Pero oye... oye... aguarda. (Quiere detenerle. Rogelio se le escapa.)

AQUILES, ebullando.

Padre, padre... papel grande.

ROGELIO

Dejadme... Volveré pronto... Adiós... Reina, adiós. (Sale corriendo. Se precipita hacia la puerta. Suena el portazo... traqueteo de pasos descendentes en la escalera.)

CASANDRA, llorando.

Confusión mía, misterio que envuelves mis días tristes y mis noches sin sueño, ¿de dónde venís y á dónde nos lleváis?... Rogelio, ¿qué meditas, qué haces, qué esperas?... Dios de los humildes, ten piedad de esta pobre familia.

(Poco después se la ve en el comedor dando de almorzar á los niños. Sus lágrimas silenciosas caen en los platitos. Contagiadas las criaturas de la aflicción de su madre, Horan también un poquito... pero comen.—Un fuerte campanillazo estremece á todos. Corre á la puerta la criada. ¿Quién es? Un criado de la señora Marquesa de Tobalina. Casandra sale.)

SATURNO, criado viejo.

La señora espera á usted esta tarde, á las cuatro.

## CASANDRA

No faltaré. (Volviendo al comedor.) Iré, veré á la maldita vieja... No, no: bendita será si me saca de esta mortal incertidumbre.

## ESCENA IV

Sacristía de la capilla, en el palacio de Tobalina.

DOÑA JUANA, DON FRANCISCO CEBRIÁN, sentados á un lado y otro de la mesa central; después AMELIA y CASILDA NEBRIJA.

## DOÑA JUANA

¿Verdad, don Francisco, que ha sido buena idea venirnos á despachar á la sacristía? Es lo más fresco de la casa.

CEBRIAN, alzando sus ojos de lo que escribe.

Fresco, silencioso, con risueñas vistas al parque. Por esa ventana penetra el aroma de las rosas de Jericó. Aquí nos llega un aire tibio que calentaron los rayos del sol y enfrían con su sombra los cedros del Líbano y los almendros de Judea, vestidos de tempranas flores... Plácido es este aposento, al par que venerable, como protegido del silencio de fuera, y esmaltado por de dentro con hermosos símbolos de piedad.

## DOÑA JUANA

Yo siento aquí facilidad mayor para imaginar la paz del claustro. Diría que estoy en la celda prioral.

CEBRIÁN, sin mirarla, atento á ordenar sus apuntes.  
Enteramente.

## DOÑA JUANA

Sigamos.

## CEBRIAN

En puridad, hemos concluído. No nos falta ya más que la respuesta del Director del Banco General de Agricultura, que ha quedado en dármele mañana.

DOÑA JUANA, recordando un asunto

¡Ah!... antes que se me olvide, Cebrián... Apunte usted... Que sin falta, esta tarde, venga á verme mi prima Cayetana Yagüe. Tengo que conferenciar detenidamente con ella y encargarla de una comisión muy delicada...

CEBRIÁN, apunta.

“Esta tarde... Cayetana Yagüe.”

## DOÑA JUANA

Y que no pase mañana sin que me traiga usted la conformidad de Rogelio.

## CEBRIÁN

Tengo para mí que es hombre entregado, cautivo de los deseos de usted. Su alma está revestida de una frágil armadura floreada y reluciente, que se desbarata al menor soplo de la razón. Es de éstos que cantan á los espacios ideales y que fácilmente se rinden á la poesía del interés.



Entran en la sacristía Casilda y Amelia. Son indigentes de carnes, y tan puntiagudas de huesos como peladas de entendimiento y mondas de cultura. El color cetrino afea sus facciones hocicudas, compuestas con toda la singracia que espanta las miradas del hombre. Visten de negro, sombreros *idem*, sin ninguna ráfaga de color que alegre aquellos túmulos semovientes. El luto parece como esencial en sus temperamentos descoloridos: son pálidas de rostro y de pensamiento; pálidas por su pasividad y hasta por su mojigatería pedestre, sin ensueño ni exaltación. Han estado en la capilla tomando la medida para hacer trajes completos, *de última moda*, á la Virgen y al Niño Jesús. Emplearán tela riquísima comprada por doña Juana. Amelia es maestra peritísima en la sastrería imaginera, y se precia de conocer las últimas novedades en esta clase de labores.

DOÑA JUANA

¿Has concluído de tomar tus medidas?

AMELIA, mostrando el metro de cinta y un papel con números.

Sí, señora. Aquí llevo todo.

DOÑA JUANA

El traje del Niño que no sea corto, Amelia. Está feo que se le vean las piernecitas. (Asiente Amelia estirando los labios.)

CASILDA, acércase á la ventana para mirar al parque.

Dígame, tía: esa que se pasea en el jardín, ¿es esa Casandra?

DOÑA JUANA

Ella será. Como le dije que á las cuatro, y faltan diez minutos, estará haciendo tiempo.

AMELIA, mirando.

Ella es. Hoy trae vestido de lanilla gris con motas azules.

CEBRIAN, se levanta y mira.

A fe que es hermosa.

DOÑA JUANA, sin moverse de su asiento

De una hermosura provocativa, que por donde quiera que va lleva tras sí las miradas de los hombres.

CASILDA, contemplando con avidez á Casandra.

¡Qué precioso cuerpo!

AMELIA

Es muy esbelta.

DOÑA JUANA

Cuerpo descaradamente estatuario.

CEBRIAN, ingenioso.

Escultor era el padre.

DOÑA JUANA

Y cuando quedó huérfana, la recogieron unas tías que tenían fábrica de corsés. Los corseteros son los verdaderos escultores del día: han encontrado el medio de hacer el desnudo vestido.

CASILDA, sin quitar los ojos de la figura de Casandra.

Imposible que sea verdad lo que dicen: que se hace los vestidos ella misma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1940-1925 MONTERREY, MEXICO

AMELIA, en la misma contemplación.

Corte y hechura más perfectos, ni en París.

DOÑA JUANA, severa.

¿Por qué miráis embobadas á esa mujer tan inferior á vosotras por todos estilos? Quitaos de la ventana. (Amelia y Casilda, obedientes como máquinas, se apartan de la ventana sin chistar.)

CEBRIÁN

No es grave mal que las mujeres buenas miren á las que no lo son, si las examinan con el intento y propósito de no parecerse á ellas. (A Casilda y Amelia no se las ocurre nada que decir. Sus entendimientos son verdaderos páramos.)

DOÑA JUANA

Voy á mandarle recado para que entre ya. No me gusta hacer esperar á nadie. (Llama por un timbre.) Por desgraciada merece esta mujer respeto. Yo llevaré mi respeto hasta la protección, siempre que ella me dé indicios de merecerla.

CEBRIÁN, chistoso y clásico.

No hay mayor desgracia que ser panal viiente, á que acuden los ojos lascivos.

DOÑA JUANA

Aprended, niñas, á despreciar la admiración de los hombres depravados. Y si alguno os llamase estatuas, no os engriáis: bajad los ojos, y disimulad vuestras gracias porque no sean estímulo de pecados. (Las señoritas apenas se

enteran. Son como imágenes vestidas á la moda mundana.) Mientras yo y don Francisco recibimos á la infeliz Casandra, daos un paseíto por el jardín. Cuando la veáis salir, volved acá. (Entra Martina; doña Juana le da órdenes.)

AMELIA

¿Y si nos encontramos con ella, podemos saludarla?

DOÑA JUANA

No más que con una discreta inclinación de cabeza. No habléis con persona que jamás ha de alternar con vosotras.

CEBRIÁN

Sed modestas, sin olvidar nunca que modestia y dignidad se compadecen en las almas delicadas.

DOÑA JUANA, sentenciosa

Debemos ser dignos... con humildad. La humildad en el corazón, la dignidad en... (No concluye, por no saber bien dónde está la dignidad.)

CEBRIÁN

Ya viene Casandra. (Salen con tiesura lenta las señoritas.)

#### ESCENA V

DOÑA JUANA, CEBRIÁN.—CASANDRA

DOÑA JUANA

Pasa. ¿Por qué no entraste antes?